

Ramón, entonces cuando llevaron aquella su división del imperio en su conreinado al extremo de partirse la permanencia en el palacio (1).

Esta fortaleza estaba en pie cuando Pujades hubo escrito su crónica (2), y ni entonces había decaído tanto de su primer valor que no mereciese ser dada en feudo y tener por Castellano un caballero. Mas no era su existencia el solo monumento del puerto antiguo: junto á sus muros había clavadas algunas argollas de hierro, tales como suelen verse en embarcaderos para las amarras, y las arrancó la mano de su mismo castellano Miguel Serrovira (3). Las reliquias de su fortificación alcanzaron los primeros años de este siglo; y ahora el recuerdo de ellas no vive sino en algunos ancianos de la comarca. Estaba asentada sobre la viva peña un tanto levantada en que remataba por allí la falda de Montjuich, que después cedió paso á un desembarazado camino destrozada por la pólvora; y aun la iglesia bizantina de Ermengardis, mirando al mar, apoya y esconde su ábside al pie del único trozo que de aquel peñasco queda y muestra señales de haber sostenido un edificio. La imagen de la Virgen, de alabastro, gótica y pintada, aun es frecuentemente invocada por marineros con el mismo nombre primitivo *del Puerto*; y ese lleva también aquel territorio, sobre el cual basta tender la vista para convencerse de lo que hubo de ser en tiempos pasados.

La falda peñascosa del monte describe de sur á poniente una curva asaz larga y profunda, capaz de guarecer de los vientos de levante, sudeste y mediodía, funestos en estas aguas. Desde la rápida y brusca bajada (a) que por mediodía y junto al

(1) Convinieron en que el uno habitaría en palacio desde ocho días antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, y el otro el restante medio año; y que cada cual, mientras aguardaría su turno, viviría en las casas de Bernardo Ramón y tendría la posesión del castillo del Puerto:— *et tunc teneat ipsum castrum de Port.*»

(2) Se imprimió en 1600.

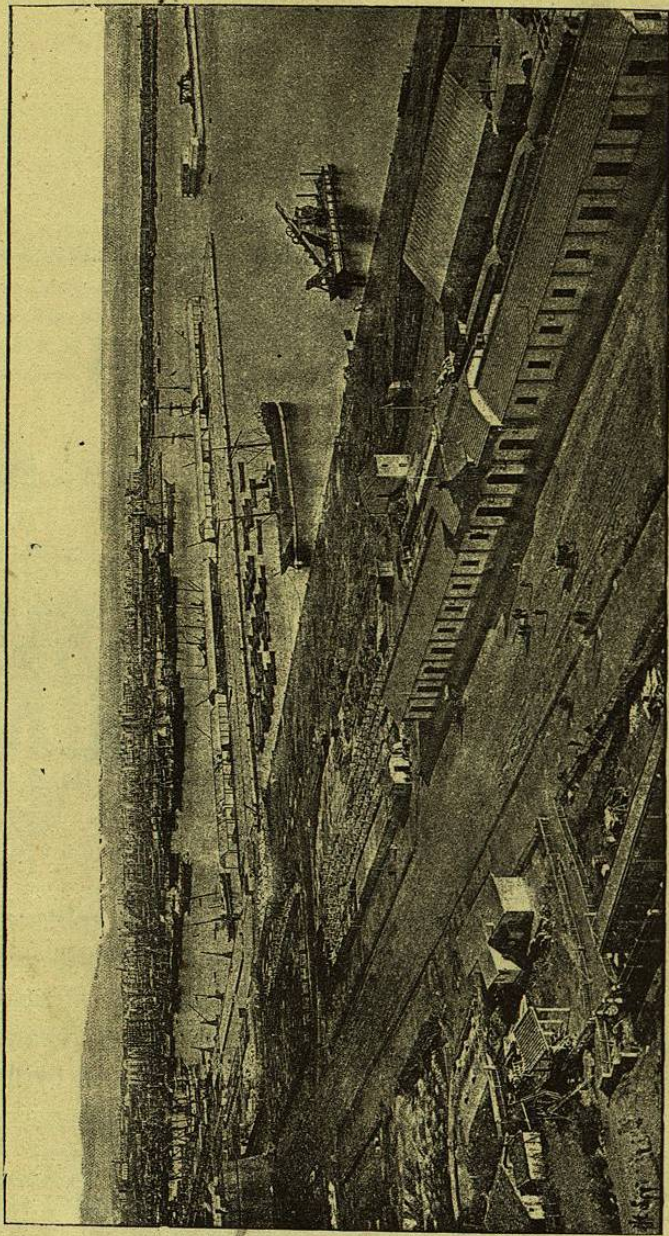
(3) PUJADES, *Crónica de Cataluña*, parte 1.^a, lib. 3, cap. 21.

(a) En este punto se ha emplazado el nuevo cementerio llamado del Sudoeste.

mar conduce á *Ca'n Tunis*, hasta pasada esta vivienda y detrás de ella, el arenal blanquea y orla el pie de la roca de esa falda, y no cede el puesto á la tierra de labor sino con grande esfuerzo y poco á poco, mientras recobra en la orilla lo que el tiempo y la agricultura le arrancan. Cuando el agua ocupaba este trozo de arenal y estrellaba sus olas contra la curva de la peña, él por sí solo ya formaba una regular ensenada: ¿qué sería cuando todas aquellas tierras de sudoeste, bajas y sobremanera llanas, no habían reemplazado á las arenas y á las aguas que á estas precedieron? La línea de estanques que se tiende hasta la punta del Llobregat lo está diciendo; y bien que cada día la superposición del terreno y la constancia catalana estrechan el recinto de esas lagunas, el suelo húmedo y pantanoso, y las acequias de desagüe que se cruzan lo traen á la memoria y lo evidenciarían. Es, pues, probable que aquí hubo un surgidero más ó menos capaz, que la boca del río estuvo por consiguiente más tierra adentro y distante de la punta peligrosa que ahora avanza: la historia lo asegura, la tradición lo confirma, la topografía lo favorece (1).

Por esto ni extrañamos que esté tan viva la noticia tradicional del puerto, que así el pastor que conduce su escaso rebaño por esas laderas ya peladas ya ricas de cultivo, como el labrador que beneficia aquellos campos nuevos la conserven y la narren al que no desdeña de acercarse á esotro manantial de la historia, si á veces incierto y dudoso en su curso, también otras limpia y pura emanación de lo pasado.

(1) Así á lo menos se explica que el geógrafo Mela sitúe el río Llobregat en la playa de Barcelona, y venga á reputar como marítima á Súbur ó San Boy, y aun en parte á Tólobis.



VISTA DEL PUERTO ACTUAL